

El hilo entre castillos

En Jaén hay secretos que no se guardan bajo llave, sino en el ambiente. Se quedan en los patios, en las cocinas, en las sillas a la puerta cuando cae la tarde y alguien, sin venir a cuento, dice una frase que parece dicha por primera vez, aunque lleve un siglo viva. Aquí la memoria no siempre entra en los archivos. Muchas veces se queda en la boca de las vecinas, en una copla mal rematada, en un “eso ya lo contaban en mi casa” que pasa de una generación a otra sin pedir permiso.

La historia que María reunió no la escuchó nunca entera. La fue cogiendo a pellizcos, como se cogen las aceitunas rezagadas tras la cosecha. Un trozo se lo dejó su abuelo Juan en una libreta. Otro se lo dio una mujer del barrio de la Magdalena. Lo demás lo fue atando ella sola, tirando de una frase que aparecía una y otra vez cuando se nombraban Santa Catalina, La Mota, Burgalimar, Alcaudete y La Iruela.

La frase era siempre la misma:

- Cuando la niebla baje, no preguntes por la niña del cántaro.

María la había oído desde pequeña. Unas veces en broma. Otras, con ese deje serio que da más miedo que cualquier amenaza. Y siempre terminaba igual:

- Eso se ha dicho de toda la vida.

Lo raro no era la frase. Lo raro era que se repitiera en los cinco castillos.

Todo empezó el invierno en que murió su abuelo. La casa se quedó con ese silencio espeso que dejan algunas personas cuando faltan. María pasó semanas ordenando cajones, mantas, papeles y herramientas que ya nadie sabía para qué servían.

En el fondo de una alacena encontró una libreta pequeña, forrada con tela oscura. No tenía título. Solo una fecha casi borrada: 1956.

Dentro no había cuentas ni recados. Había nombres de pueblos, días de niebla y frases cortas.

Jaén. Santa Catalina. La mujer del agua no volvió a bajar.
Alcalá. La Mota. Dijeron que era prima de una de allí.
Baños. Burgalimar. La vieron cruzar el patio con un cántaro vacío.
Alcaudete. Nadie preguntó por miedo.
La Iruela. Aquí empezó antes.

En la última página había una copla:

Cinco castillos, una jarra,
cinco caminos, una voz;
si la muchacha va sin agua,
algo se ha torcido en Dios.

Debajo, una frase: “Empieza por Santa Catalina, que es donde más habla la gente.”

Y eso hizo. Subió a Santa Catalina una tarde de enero. Jaén se veía abajo con ese color de pan tostado y piedra húmeda que coge cuando aprieta el frío. La Catedral se levantaba al fondo, seria y clara. Más allá, el mar de olivos respiraba en silencio.

María no subió a mirar vistas. Subió a preguntar.

En la cafetería del castillo se sentó cerca de dos mujeres mayores y soltó la frase como quien no quiere la cosa:

- Perdonad, ¿vosotras habéis oído alguna vez eso de la niña del cántaro?

Las dos se callaron de golpe.

- ¿Quién te ha contado eso a ti? - preguntó una.
- Mi abuelo.

La otra resopló.

- Eso lo decía mi madre. Que cuando subía la niebla por el cerro, había una muchacha que cruzaba por el castillo con un cántaro vacío.

La primera bajó la voz.

- En mi casa se contaba otra cosa. Que no era un alma ni una aparición. Era una señal.
- ¿Una señal de qué? - preguntó María.
- De que en ese castillo hubo una muchacha escondida. Y de que otras mujeres fueron pasando la noticia de fortaleza en fortaleza, como pudieron.

Antes de irse, añadió:

- Si quieres seguir con eso, vete a La Mota. Allí siempre dijeron que la del cántaro no iba sola.

La Fortaleza de La Mota imponía de verdad. No solo por su tamaño, sino porque parecía una ciudad entera levantada para vigilar, callar y resistir. María caminó despacio por los recintos, pensando en aquella frase: “*no iba sola*”.

Preguntó a una guía local, que no se sintió cómoda, pero tampoco sorprendida.

- Mi abuela decía que no era una niña, sino varias mujeres jóvenes que se iban turnando. Con cántaros, cestas, mantas o cualquier cosa que no levantara sospecha.
- ¿Y qué hacían?
- Llevar mensajes. Comida. Noticias. Sostener lo que otros estaban rompiendo.

Luego añadió, casi para sí:

- En las guerras y en los miedos, las mujeres han hecho más camino del que sale escrito.

Aquella frase se le quedó dentro.

Aquella misma tarde, en una casa de Alcalá, una anciana le dijo:

- Mi madre juraba que en Burgalimar se guardó una lista de nombres. Mujeres, todas.
- ¿Qué nombres?
- Las que llevaron el secreto de un castillo a otro.
- ¿Qué secreto?

La mujer la miró despacio.

- El de una criatura que no debía caer en manos de nadie.

En Burgalimar, el silencio tenía otro color. Más seco, más antiguo. Allí, una señora que vendía recuerdos le soltó una frase sin darle importancia:

- Aquí se dijo siempre que la del cántaro no llevaba agua.
- ¿No?
- Llevaba una criatura dormida.

María se quedó muda. La mujer siguió colocando unos imanes como si hablara del tiempo.

- O eso contaba mi abuela. Que en tiempos revueltos hubo que sacar a una niña de un sitio y pasarla por varias fortalezas para que nadie supiera dónde estaba de verdad. Por eso luego la historia se hizo niebla.

De pronto todo encajó. No era una reina, no era un tesoro, no era una leyenda de enamorados. Era algo mucho más verosímil: una niña trasladada de mano en mano, de castillo en castillo, escondida a plena vista bajo la apariencia más humilde. Una vida salvada con ingenio, cansancio y silencio.

En otra tienda del pueblo, una mujer mayor le canturreó una copla:

Por Burgalimar la llevan,
calladica y sin llorar;
si preguntas por el agua,
nadie te va a contestar.

Ya no parecía una casualidad. Parecía una memoria rota.

En Alcaudete encontró la parte más dura. No en las piedras, sino en lo que la gente decía a medias. Porque si en Santa Catalina hablaban de señal, en La Mota de mujeres y en Burgalimar de una criatura, en Alcaudete salía siempre otra palabra: miedo.

Un hombre mayor, sentado al sol en un banco, le dijo:

- Aquí mi abuela no la llamaba la niña del cántaro. La llamaba la chiquilla del trueque.

- ¿Del trueque?
- Sí. Porque según se decía, a esa criatura la cambiaron por otra cosa.
- ¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros.

- Ahí ya entran los señoritos, las herencias y las conveniencias. Pero que hubo trato, eso se ha dicho siempre.

A María le entró una rabia sorda. Porque de pronto la historia ya no era solo de protección. También podía ser de interés, de apellidos, de arreglos hechos por arriba y sostenidos por la gente de abajo.

Antes de irse, una vecina le dijo:

- Yo no sé si todo fue tal cual lo cuentan. Pero cuando una historia dura siglos en tantos pueblos y siempre la sostienen mujeres viejas, algo de verdad lleva dentro. Aunque sea una verdad partida.

Verdad partida, eso era.

Subió a La Iruela con la sensación de que allí se cerraba el círculo. El castillo parecía colgado de la roca, sujetando la sierra con los dientes.

En una tienda pequeña del pueblo preguntó por la niña del cántaro. La mujer que atendía la miró y dijo:

- Aquí no la llamaban así. Aquí era la hija de la niebla.

María tragó saliva.

- ¿Y qué se decía de ella?
- Que la escondieron en un día de niebla cerrada. Que la llevaban mujeres, no soldados. Y que una de ellas decidió dejar memoria sin dejar nombres.
- ¿Para qué?
- Para que, si un día alguien tiraba del hilo, entendiera lo importante.
- ¿Y qué era lo importante?

La mujer la sostuvo la mirada.

- Que hubo vidas salvadas por mujeres a las que nadie pidió historia.

Luego sacó un papel doblado de debajo del mostrador.

- Esto lo tenía mi madre metido en un libro de rezos.

Era parte del hilo entre castillos, apenas cuatro versos:

Ni por reina ni por santa,
ni por casa principal;

la salvamos por ser niña,
que ya era bastante mal.

A María se le hizo un nudo en la garganta.

Aquí estaba la historia. No en un heroísmo de salón, ni en una leyenda de torre y romance, tampoco había fantasías de espíritus en busca de venganza. Estaba en una cadena de mujeres anónimas que, por compasión, miedo, coraje o simple decencia, pasaron una vida de castillo en castillo hasta borrarle el rastro. No era para la gloria, ni para la crónica, ni para el poder, era para que llegara viva.

Cuando María volvió a Jaén, ya no quiso escribir aquello como quien inventa una leyenda. Cuanto más pensaba en todo, más claro tenía que la fuerza del relato estaba en otra parte: en que parecía real. Demasiado real.

Una niña trasladada, una red de mujeres invisibles, señales discretas, coplas para recordar sin delatar. Y aquí estaban las verdades partidas de pueblo en pueblo. No había nada más jienense que eso.

Y al final dejó escrito solo esto:

Que en Santa Catalina empezó el rumor.
Que en La Mota se entendió el oficio.
Que en Burgalimar la carga tomó nombre de agua.
Que en Alcaudete se vio el precio del silencio.
Y que, en La Iruela, entre niebla y sierra, una niña llegó viva gracias a mujeres a
las que nadie puso en los libros.

Luego añadió la copla que ya sentía suya:

Cinco castillos la guardan,
cinco mujeres la dan;
si preguntas por la niebla,
Jaén te responderá.

No con campanas ni fiestas,
no con pregón principal,
sino en voz baja, al fresco,
como se dice la verdad.

Y por eso todavía hoy, cuando en un patio viejo o en una cocina cualquiera sale el tema de los castillos, siempre hay alguien que remata, muy serio y con un brillo raro en los ojos:

- Tú ríete, pero la del cántaro existió. - Y nadie se ríe del todo.

Porque en Jaén, cuando una historia lleva tantos años viviendo entre vecinos, entre olivares, entre piedra y niebla, será leyenda, sí.

Pero sola no nace.